

# ACTAS

XXXVII ENCUENTRO DE GEOHISTORIA REGIONAL

## PROBLEMÁTICAS REGIONALES

### FRONTERAS Y CONFLICTOS

/11.12.13/OCTUBRE/2017

*/Posadas.Misiones/*



ISSN 2618-2963



# HISTORIOGRAFÍAS PLURALISTAS Y VISIONES DE LA CULTURA EN WHITE Y WITTGENSTEIN, UNA LECTURA EN CLAVE LOCAL

## AUTORES

› MARÍA DEL ROSARIO BLANCO  
Instituto de Historia, Facultad de  
Humanidades, UNNE.

› HÉCTOR RODOLFO BENTOLILA  
Instituto de Filosofía, Facultad de  
Humanidades, UNNE.

## Introducción

En el escrito “Como no escribí Metahistoria”, que abre el conjunto de comentarios compilados por Verónica Tozzi y Julio Bentivoglio (2016) en homenaje a los 40 años de edición de esta obra fundamental para la historiografía actual, Hayden White, menciona que con el título “Metahistoria” y con el subtítulo “la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX”, el “había querido redimir el concepto” de sus significados historicistas, que lo identificaban con el “esfuerzo de dotar a la ‘historia’ con una metafísica, una otología y una epistemología que permitiera su elevación al status de ciencia”, y, proponer en su lugar, un concepto semejante al de “metafísica” en el canon aristotélico; esto es, como simplemente “lo que viene ‘después’ de cualquier cosa que sea lo que constituye la ‘his-

toria'”(White, 2012:21). De esta manera, la “historia” y “lo histórico” representaban en su opinión “solo uno de un gran número de maneras de conceptualizar y estudiar ‘el pasado’ y no más ‘natural’ de lo que es la narrativa”(White, 2012:22). Pero, antes de eso, en el mismo escrito, White se había referido a la historia como “una invención de, y homologada con, los principales elementos de la cultura occidental” en su totalidad, y había dicho también que, la misma, era el producto “de un numero de muy diferentes maneras de construir la temporalidad, el pasado, la relación del presente con el pasado, y los usos que puedan ser hechos de nuestro conocimiento del pasado”. Sin embargo, en igual sentido, resaltaba que el carácter distintivo de la historiografía occidental, en cuanto obra de la cultura, se encontraba “en la noción cristiana de la condición humana (tanto individual y colectiva) y la redención de esa condición en la idea de cumplimiento”; circunstancia, esta última, que convertía a la escritura histórica en una clase de práctica, con un poder, a la vez material y espiritual, para “fijar” las cosas y “revelar su significado para su propio tiempo y para sí misma” (White, 2012:16-18). Pero, a diferencia de los historiadores tradicionales, que consideran la práctica de escribir como una instancia ulterior al acto de investigar -propio del trabajo en los archivos-, y de descubrir el significado posible de los eventos pasados, White entiende que el proceso de producir historia no se distingue del de su escritura y que, más bien, su “composición comienza al menos tan temprano como el momento de la elección del tema” (White, 2016:18). Así, pues, para el teórico estadounidense de la historia, la producción historiográfica es una práctica de escritura del pasado que, en tanto acto lingüístico y cultural, es llevada a cabo por historiadores culturalmente situados y, puede decirse, de maneras diferentes, según las diversas formas de construir la relación entre nuestro presente y lo que llamamos pasado. En el caso concreto de Occidente, esa forma adopto desde un principio el modo de la escritura histórica (“historiológica” o “historiosófica”), en la cual se narra de manera provisoria y contingentemente el cumplimiento de la promesa de representación del pasado; promesa nunca cumplida de manera definitiva, pero que atraviesa el tiempo, permitiendo tender puentes en el vacío entre pasado y presente, así como determinar el valor del primero para el segundo. En Metahistoria, esos puentes están

representados por las distintas formas de prefiguración o conceptualización del “campo histórico” en tanto acto poético, en lugar de epistemológico, según los distintos modelos de tramar los eventos históricos, como romance, tragedia, comedia y sátira, o los distintos géneros literarios en los que se comunican: metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía.

Ahora bien, el programa historiográfico de White, como es sabido, se inscribe en el giro lingüístico y narratológico de la filosofía de la historia, del cual es uno de sus máximos exponentes junto con Louis Mink y Frank Ankersmit. En ese marco, su visión de las estrategias narrativas de configuración de lo histórico en términos de estilos historiográficos, como su punto de vista pluralista acerca del pasado, basado en el análisis de los textos y lenguajes en los que este mismo es escrito –o en los que se discuten sus efectos–, más que en la evidencia de los hechos, pueden asociarse con algunos aforismos del segundo Wittgenstein, en los que el filósofo vienés compara la investigación lingüística con una descripción acerca la historia natural de los hombres. Por eso, aunque éste no se ocupara nunca de cuestiones estrictamente históricas ni de filosofía de la historia, su filosofía del lenguaje contiene no obstante una visión particular de la historia natural de nuestras acciones lingüísticas, que puede ser leída en clave antropológica o etnológica. De acuerdo con esto, tales acciones o conductas lingüísticas se interpretan de manera no reductiva, ni continuista, como conjunto de historias articuladas dentro del flujo de la vida de los hombres. A la vez, cada una de esas historias nos recuerda de diferentes maneras la multiplicidad de juegos de lenguaje y formas de vida en las que puede ordenarse una cultura. De ahí entonces, que los autores de este trabajo creímos oportuno reflexionar sobre las relaciones posibles entre White y el segundo Wittgenstein en la medida en que, sus respectivos modelos de investigación, histórica y filosófica, encarnan como ningún otro, el cambio de paradigma introducido en el pensamiento contemporáneo por el giro lingüístico-narrativo y pragmático del saber científico y social.

El principal motivo que impulsa la reflexión antedicha es mostrar, independientemente de las discusiones o conflictos internos generados por la concepción de White sobre el carácter poético de la producción histórica o historiográfica, que las fronteras entre el dis-

curso científico y el filosófico, y entre estos y los diversos géneros literarios son menos nítidas de lo que sus defensores están dispuestos a admitir. En este sentido, consideramos que esas fronteras, si las hay, pueden leerse más como límites provisorios entre juegos de lenguaje históricos o formas de escritura culturalmente determinadas, cada uno de los cuales pueden verse como un “objeto de comparación”, en lugar de pensar a uno de ellos como arquetipo universal al que deben conformarse todos los demás (citado en Wittgenstein, 2007: 69). Desde este punto de vista, conviene señalar algunas semejanzas o “aires de familia” entre la práctica de la historiografía en White y la actividad filosófica según Wittgenstein. En ambos casos se desprende con bastante claridad que la producción o “constitución histórica” del pasado, como cualquier lectura o interpretación filosófica del mismo, son actos lingüísticos constructivos y, por tanto, dependientes de los diversos estilos o maneras colectivos de narrar y describir los sucesos acontecidos, o bien, de discutir sobre los lenguajes empleados en esas narraciones y descripciones, y no como suele creerse, de la búsqueda de algún evento por descubrir en “el” pasado. Seguimos en este punto un enfoque parecido al que Tozzi desarrolla en su comentario filosófico sobre Metahistoria de White, en el sentido de que, para ella, la obra entera de dicho autor, destila un “pluralismo conversacional” que disuelve las líneas demarcatorias entre historia y metahistoria, o entre historia natural y discurso o habla históricos, promoviendo una mirada que nos enseña a apreciar entre las diferentes alternativas narrativas, “la deriva misma, el cambio interpretativo mismo por su promoción no tanto del consenso o la pluralidad en sí mismas, sino de la posibilidad de continuar la discusión e intercambio de nuevas e insospechadas interpretaciones” (Tozzi y Bentivoglio, 2016:218-19).

En este marco, pues, intentamos desarrollar nuestra hipótesis según la cual, las producciones sobre el pasado; sus distintas configuraciones o reconfiguraciones posibles -expresadas en estilos narrativos para White, o en acciones lingüísticas para Wittgenstein-, ponen de manifiesto visiones de la cultura relativamente estables, que resultan de las discusiones entre quienes participan de un juego u otro, o coinciden o no en un cierto estilo de narración. Esto último, puede probarse justamente en las relaciones conflictivas que articulan la trama histórica entre la apropiación popular o comunal

del pasado reciente y la lectura crítica académica, o entre el “pasado histórico” y el “pasado práctico”, en términos de White.

### *Historiografías pluralistas, entre los estilos narrativos de White y los juegos de lenguaje de Wittgenstein*

El dato significativo del giro lingüístico contemporáneo ha sido el cambio de dirección ocurrido en las ciencias sociales y en la filosofía como consecuencia del desplazamiento en sus respectivos campos objetuales, del interés en el mundo y en el sujeto de conocimiento, al interés en el lenguaje y la conversación mediante los cuales se constituyen, a la vez, tanto los mundos de los que hablamos, como los sujetos que llegamos a ser. Ahora bien, este cambio radical en la manera de asumir la propia actividad filosófica y científica ha hallado expresión en distintas posturas intelectuales desde la década del 60 del siglo pasado hasta la actualidad. En ese periodo, sin embargo, la filosofía del segundo Wittgenstein -desde mediados de los años 50- y la historiografía desarrollada por Hayden White -a partir de la década del 70- destacan como aplicaciones únicas y paradigmáticas del giro lingüístico para la filosofía y la historia. Así, pues, mediante el análisis meta filosófico y gramático-conceptual de los juegos de lenguaje históricos del primero, y, mediante la crítica lingüístico-narrativa y poética del historicismo y el realismo historiográfico del segundo, han surgido nuevas maneras de operar en filosofía e historia que se hacen cargo de las abstracciones de la teoría y son capaces de conjurar los dogmatismos metafísicos o epistemológicos de los modelos especulativos de la filosofía de la historia tradicional.

En este proceso, las obras principales de los autores mencionados, “Investigaciones Filosóficas” (1967) y “Metahistoria: La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX” (1973), representan a nuestro entender dos textos ejemplares, por cuanto permiten elucidar por primera vez las prácticas disciplinares bajo un enfoque pragmático o praxiológico único que algunos intérpretes han bautizado como casos de pluralismo “perspectivista” o “conversacio-

nal”<sup>1</sup>. Lo llamativo de estos enfoques es que, puestos en relación, uno con otro, no solo se asemejan procedimentalmente en los modos de descripción de los lenguajes en uso, o de los tropos literarios empleados a la hora de conceptualizar nuestras acciones y tramar los eventos históricos, sino, sobre todo, en el carácter contingente, cuasi-instintivo y poético de construir nuestras referencias al mundo o nuestras formas de narrar el pasado. Wittgenstein y White ven precisamente en esto último la posibilidad de separarse definitivamente de la herencia metafísico-filosófica y epistemológica de las filosofías especulativas del conocimiento y de la historia, presupuesta en las distintas variantes del historicismo cientificista o el idealismo subjetivo. Ambos también evitan caer en los extremos del escepticismo y el relativismo dogmáticos, del que muchas veces son acusados injustamente, mediante la sustitución del léxico tradicional de la teoría psicológica trascendental del conocimiento por la descripción de los juegos de lenguaje y las formas de vida; o bien, a través del reemplazo de la pretensión de comprensión realista del pasado por la figuración y reconfiguración permanentes de la realidad construida por el historiador a partir del registro documental o el archivo de la historia pasada.

No tenemos tiempo de profundizar aquí en las respuestas que se han ensayado frente a los ataques de escepticismo o relativismo procedentes de la filosofía y la historiografía académicas a las obras y las concepciones de Wittgenstein y White, pero, respondiendo a nuestro impulso de mostrar el borramiento de las fronteras entre los saberes filosófico y científico, quisiéramos trazar un cuadro sintético de las historiografías pluralistas que se desprenden directa e indirectamente de ambos autores. Lo hacemos a partir de la renuncia a la búsqueda de criterios demarcatorios y a su reemplazo por la descripción de las acciones lingüísticas en las que participamos, o los tropos literarios de que nos valemos al narrar nuestras acciones pre-críticas y constructivas de prefiguración de eventos históricos. En las dos obras mencionadas, así como en los escritos póstumos que sucedieron a *Investigaciones*, y en obras posteriores a *Metahis-*

1 En el primer caso, el pluralismo “perspectivista” ha sido planteado y sugerido como interpretación por filósofos pos-analíticos como R. Rorty o P. Hacker; en el segundo caso, el pluralismo conversacional es la expresión empleada por Verónica Tozzi para designar la perspectiva historiográfica y el modo de pensar de Hayden White, así como a la posición de algunos los historiadores o teóricos de la historia del denominado giro lingüístico o narratológico de la historiografía contemporánea, como por ejemplo, Frank Ankersmit y otros.

toria, podemos encontrar observaciones, recordatorios y argumentaciones sobre aspectos del cambio de orientación en la filosofía y en la historia; aspectos que, en cada caso, reafirman la condición lingüística-literaria e imaginativa de la mediación entre los actos de habla primitivos de nuestra historia natural o el registro sin interpretar del hecho documentado, por un lado, y los juegos de lenguaje y recursos tropológicos disponibles para representarlos intersubjetivamente, por el otro.

En el caso de Wittgenstein, según interpretes actuales como P. Hacker (2011), por ejemplo, pero también, según J. Bouveresse (2006), P. Hadot (2007) o W. Jacorzynski (2011), el cuadro historiográfico contiene apenas algunos trazos que, no obstante, dejan ver -como en un mapa- “aquellas partes del paisaje conceptual en el que estamos inclinados a perdernos” cuando usamos el lenguaje más allá de sus funciones naturales. Estas funciones, como contar, narrar, etc., son muy variadas y en la descripción de las mismas, tanto como en el análisis gramatical de los usos de las palabras en cada una de ellas, predomina un perspectivismo pluralista que se resuelve en un enfoque antropológico y etnológico tendiente a ver las cosas más objetivamente (Hacker, 2011:20). Esto, sin embargo, no quiere decir que Wittgenstein se proponga reinstalar el punto de vista neutral de las epistemologías racionalistas, ni -como él dice- que quiera explicar la filosofía como etnología (citado en Wittgenstein, 2007:86), sino, por el contrario, quiere decir que al describir las acciones lingüísticas o juegos de lenguaje primitivos y al analizar la gramática de las palabras, expresiones o conceptos empleados en ellos, no nos guiamos por un supuesto ideal que concebimos como universal, ni pretendemos hacer corresponder sus significados -usos- con la realidad, puesto que estos son autónomos. Lo que hacemos es prevenirnos de los caminos metafísicos que solemos seguir cuando filosofamos, al enredarnos en afirmaciones sin sentido o concepciones absurdas del lenguaje. De ahí que Wittgenstein invite todo el tiempo a los filósofos a asumir los juegos de lenguaje que describen como “partes de la historia natural del hombre” (Wittgenstein, 2004:46), y los análisis efectuados sobre la gramática de las palabras usadas en esos juegos -o en movimientos dentro de juegos lingüísticos distintos-, como observaciones que pueden aplicarse a hechos particulares de las historias sociales humanas. Pero, ade-

más, al referirse al enfoque adoptado en su nueva manera de practicar la filosofía, Wittgenstein también nos ha recordado que uno de sus métodos más importantes es imaginar el transcurso histórico de la evolución de nuestros conceptos “de modo distinto a como fue” (citado en Wittgenstein, 2004:86). Todo esto, así como su crítica a la concepción intelectualista de los periodos de la historia de la cultura según Spengler, y su idea de comparar dichos periodos –que para el historiador alemán explicarían la decadencia de Occidente– con la vida familiar y con los parecidos entre sus miembros, o entre miembros de diferentes familias, lo llevan a sostener que cuando examinamos edades históricas, como cuando describimos juegos de lenguaje o formas de vida, no actuamos como científicos, explicando las causas del desarrollo histórico presente por referencia a un ideal o promesa incumplido, sino que, usamos el ideal “como lo que es, a saber, un objeto de comparación –una medida por así decirlo– en nuestra consideración” (citado en Wittgenstein, 2004:69) . De esto y de otras consideraciones gramaticales sobre las reglas que los hombres siguen al juzgar sobre la conducta de los otros, al calcular, inferir, extraer magnitudes contables o medibles, etc., Hacker ha extraído la conclusión de que, la actividad filosófica desarrollada por el segundo Wittgenstein ha reemplazado el cuadro sublime y estático de la concepción formal del lenguaje de su primera etapa por una “concepción historicista del lenguaje y de las formas conceptuales perfectamente dinámica” que, en su opinión, constituyen una especie de “historicismo sin historia” (Wittgenstein, 2004:23). Este se caracteriza, precisamente, por analizar los cambios en los juegos de lenguaje y las formas de vida, de manera no continuista, como desarrollos posibles en una dirección que, en cuanto independiente de las acciones reales que articula, podrían haberse orientado también hacia cualquier otra diferente.

De una manera bastante semejante, en el caso de White, encontramos una concepción dinámica de los lenguajes de la escritura histórica en los que se traman la pluralidad de relatos o narraciones de eventos pasados y a través de los cuales se miden diversamente el tiempo. Pero dichos lenguajes funcionan aquí como recursos disponibles para una historiografía que no pretende reemplazar una perspectiva histórica por otra, ni de ninguna manera ir contra el estatus cognitivo de las narraciones en las que se cuenta algo en cuya

existencia pasada se cree realmente. No obstante, la constitución de dicha creencia como objeto posible de conocimiento demanda del historiador, según White, un acto previo de prefiguración del campo histórico de referencia, esto es, del registro documental antes del análisis y la conceptualización. Y esa conceptualización es la que tiene lugar poéticamente a partir de los tropos literarios en tanto ejercicio de construcción narrativa del hecho histórico que no se presenta nunca dado, sino que es preciso producirlo pública e intersubjetivamente teniendo en cuenta las alternativas narrativas rivales, y, a veces irreconciliables. En este sentido, los conflictos entre diversos relatos del pasado se agudizan cuando se confrontan las interpretaciones del mismo elaboradas a partir de “recuerdos, ilusiones, fragmentos de información vaga, actitudes y valores que el individuo o el grupo reúnen como mejor pueden para justificar, magnificar, excusar o explicar las acciones” (White, 2012:25) que cuentan como significativas en el proyecto de vida y aquellas interpretaciones procedentes del discurso académico en cuanto discurso verdadero. White ha retomado aquí las categorías de “pasado práctico” y “pasado histórico” acuñadas por el filósofo M. Oakeshott con el objeto de remarcar el carácter controversial de la constitución lingüístico-literaria del pasado, y considerar, al mismo tiempo, el trabajo de conceptualización meta histórica como una acción inscrita dentro de programas de investigación que apuntan a clarificar las múltiples maneras de configurar y reconfigurar el evento histórico, sobre la base de “la discusión e intercambio de nuevas e insospechadas interpretaciones” (Tozzi y Bentivoglio, 2016:219). En relación con lo expuesto conviene señalar algunas consecuencias programáticas que se siguen de la historiografía lingüística de White y que, según Tozzi, nos permite apreciar el pluralismo conversacional que se desprende de la aplicación de su metodología tropológica o de las formas de figuración realista del pasado. En primer lugar, dicha tropología constitutiva del campo histórico da cuenta del “pluralismo inherente a la historia académica”. En segundo lugar, la trama en la que se cuenta la historia desde la historiografía no es cerrada ni apunta a clausurar la conversación o los debates sobre el pasado, sino a promover nuevas maneras de pensar y de escribirlo. Por último, en tercer lugar, la posibilidad de disponer de modos distintos de “figuración, reapropiación de figuraciones pasadas

y refiguraciones” nos libera del prejuicio elitista de que la historia es actividad reservada solo a expertos o una comunidad disciplinar determinada. Por este motivo, sostiene Tozzi, “los reclamos irreconciliables en torno a la relación entre historia académica y esfera pública o historia disciplinar e historias comunales o, en palabras de White, el pasado práctico y el pasado histórico” pierden sentido, pues, cuando, por un lado, se señala “que la historiografía tiene que estar atenta a los desafíos planteados por los movimientos sociales, poscoloniales, nuevas identidades, etc.” y, por otro lado, se “reclama la preservación de un rol crítico para la historia profesional” frente al boom de la memoria, los usos políticos de la historia y la proliferación de historias regionales, locales, etc. se soslaya el aporte que la tropología whiteana, “en términos de una heurística para traer a la luz diferencias irreconciliables” puede ofrecer para refigurar democráticamente la historiografía integrando dentro de la trama histórica “los desafíos del campo popular a la historia” y la “crítica que la historia puede hacer a las otras apropiaciones del pasado” (Tozzi y Bentivoglio, 2016:223); en otras palabras, sumando en la conversación las figuraciones del pasado práctico y del pasado histórico.

### *Visiones de la cultura, interpretaciones históricas alternativas y formas de vida*

En la exposición sintética y esquemática que pudimos hacer de las principales líneas argumentales de Wittgenstein y White para el cuadro de una historiografía pluralista, tanto desde el punto de vista de la historia natural humana descriptible en términos de acciones lingüísticas primitivas, como desde el enfoque historiográfico de las diferentes maneras de tramar la historia a partir de la producción o constitución del campo histórico en figuras tropológicas; en cada uno de dichos cuadros hemos presupuesto, junto a los juegos de lenguaje y las distintas apropiaciones del pasado práctico e histórico, una visión de la cultura que, como formas de vida y como marco configurador de lo histórico para Occidente determina de un modo u otro las alternativas de interpretación históricas -populares

o historiográficas- o los reglamentos bajo los que se ordena todo lo que expresa algún valor humano (Wittgenstein, 2004:149).

Con relación a la cultura, por tanto, hay también semejanzas en los planteos de los autores tratados por cuanto, para ambos, esta es solo una de las varias formas de construir “la relación entre lo que llamamos presente y pasado”, o de entretelar acciones lingüísticas que han logrado perdurar relativamente, ya sea como una manera de tramar el evento acontecido en un relato significativo, ya sea como la práctica de mantener un ideal “que se hizo así instintivamente y no como resultado de una reflexión” (citado en Wittgenstein, 2004:35). Queda claro entonces que cuando hablamos de cultura esta asume un significado plural, en el sentido de culturas o, mejor, de visiones de la misma, entre cuyos elementos encontramos la historia, los juegos de lenguaje, los conceptos, las reglas que seguimos al comportarnos de una manera u otra, los estilos literarios de configuración de la realidad histórica; todo lo que, en suma, podemos nombrar con expresiones como formas de vida o condición humana. Para Wittgenstein (2004:41) las culturas son sistemas de referencia con los que se coordinan nuestras conductas habituales y los movimientos que los hombres hacen en los juegos de lenguaje donde participan; es, del mismo modo, un reglamento y el medio en el que nos encontramos y en el que los hombres acuerdan. Para White, la cultura es una entre otras maneras de apropiación del pasado mediante el intento de lograr en el presente el cumplimiento de las promesas de otras historias, en términos de la noción cristiana secularizada de redención de lo que todavía puede ser rescatado del pasado y reescrito o reconfigurado en nuevas narraciones.

Por otro lado, en uno y otro, las visiones de la cultura implican alternativas autónomas que podrían haber seguido desarrollos distintos a los que terminaron resultando; desarrollos que podrían pensarse a partir de inventar o imaginar cursos de historia distintos y escrituras diferentes a las derivadas de los estilos literarios adoptados como recursos tropológicos disponibles. Sin embargo, mientras en Wittgenstein, y según Hacker, la historiografía aludiría a una perspectiva para encarar la descripción de las formas de vida en la que los hombres acuerdan y de comparar ideales sin presuponer uno de ellos como universal, en White, la historiografía está internamente ligada al trabajo del historiador que el mismo es y a las formas de

configuración del evento registrado en documentos y archivos que, luego, son narrados con los recursos literarios o tropológicos de la metáfora, la metonimia, la sinécdoque y la ironía.

Falta aún un largo camino por desarrollar en nuestra investigación sobre las visiones de la cultura y su relación con las alternativas de interpretación de la historia, así como en la conexión y relativa dependencia de los juegos de lenguaje y los recursos literarios para la escritura histórica con las culturas existentes. No obstante, el rasgo significativo sobre el cual las posiciones de Wittgenstein y White han contribuido como ninguna otra a echar luz es la esencial apertura de las culturas. Es dicha apertura la que hace de ellas, por así decirlo, al mismo tiempo que la condición narrativa bajo la cual se organizan los relatos que configuran la historia humana, o el sistema de reglamentos ordenador de los actos lingüísticos de la historia natural del hombre, el conjunto dinámico de esas acciones, lenguajes y estilos literarios de figuración realista del pasado en el presente, de cuya estabilización temporal depende la condición narrativa de nuestro conocimiento de la historia y la reglamentación de los juegos de lenguaje en los que actuamos socialmente. En este sentido, al permanecer abiertas constantemente a nuevas organizaciones o reformulaciones las culturas resultan, por tanto, de un proceso de estilización compleja de las acciones lingüísticas que le dieron origen y de elecciones pre críticas y constructivas de los elementos o recursos narrativos empleados para sostenerla en el tiempo.

Ahora bien, dado que las culturas son históricas y que, particularmente en Occidente, según White, la cultura que hizo posible la historia como ciencia se constituyó a partir de luchas y rupturas con la cultura pagana primero (cristianismo), y con la cultura cristiano-medieval (Renacimiento y modernidad) luego, la historiografía que da cuenta de la misma ha de poder narrar o describir su historia desde una perspectiva pluralista que no haga de esta el fin último de un desarrollo evolutivo, ni tampoco cierre la posibilidad de plantear nuevas reconfiguraciones de las culturas anteriores mediante el método de imaginar otras lecturas o interpretaciones. Ello exige asumir cada historización de la historia y de la cultura que la tiene como un elemento más de conocimiento, “como el cumplimiento de alguna promesa incumplida hecha por historizaciones previas o rivales, sean académicas o populares, históricas o prácticas”, y

esto, como agrega Tozzi, no solo para buscar “reconciliación o consenso”, sino también, para “iluminar diferencias” (Tozzi y Bentioglio, 2016:223).

Creemos que en esta manera de proceder se pueden hallar estrategias para pensar una historiografía pluralista de las historias regionales a partir de la producción continua de investigaciones que articulen narrativamente la cultura de las historias recientes y locales con las historias académicas o disciplinares; entre las historias tramadas a partir de los valores, significados y la memoria del “pasado práctico” y las que proceden del pasado histórico instituido culturalmente como monumento histórico verdadero.

### *A manera de conclusión*

Para finalizar, podemos decir que la investigación sobre las relaciones entre el pensamiento filosófico del segundo Wittgenstein y la nueva historiografía desarrollada por White a partir del giro lingüístico de la teoría de la historia nos ha permitido ahondar en las conexiones y cruces entre el análisis conceptual gramatical, en tanto método de elucidación del lenguaje de la filosofía, por un lado, y el análisis de las maneras de configuración del campo histórico en la práctica de conocimiento y escritura de la historia, por otro. Este último análisis, además, en tanto nos conecta con las estrategias narrativas de construcción práctica o académica del relato estructurador del pasado, tal como son propuestas en *Metahistoria* –es decir, sobre la base de los recursos literarios disponibles con los que el historiador trama los hechos y los fija a un significado polémico en la escritura–; tal análisis nos hizo apreciar el trabajo imaginativo del investigador y escritor histórico, en relación con el del filósofo analítico, como un trabajo con los materiales simbólicos de los tropos literarios desde los que se discute la realidad histórica. De ello se desprende, como pudimos mostrar, una lectura que aproxima los estilos de pensar y conocer de la filosofía y de la historia al hacer del interés en los lenguajes en uso el tema principal de estudio. El trabajo que presentamos finalmente es un intento en esta dirección, que apunta a futuros desarrollos en la línea de la aplicación del enfoque de lo que hemos denominado historiografía pluralista a la lectura crítica y elaboración o reconfiguración de los estilos de tra-

mar las historias regionales desde la articulación interna de pasado práctico y pasado histórico en el medio de los tropos de la escritura profesional.

## Bibliografía

HACKER, P. M. S. (2011): “El enfoque antropológico y etnológico de Wittgenstein”. En GÁLVEZ, Jesús P. (Ed.): *Antropología de Wittgenstein. Reflexionando con P.M.S. Hacker*. Plaza y Valdés, Madrid.

TOZZI, Verónica y BENTIVOGLIO, Julio (2016): *Hayden White: cuarenta años de Metahistoria. Del “pasado histórico” al “pasado práctico”*. Buenos Aires, Prometeo.

WHITE, H. (2012): “El pasado práctico”. En TOZZI y LAVAGNINO (comps.): *Hayden White, la escritura del pasado y el futuro de la historiografía*. Buenos Aires, EDUNTREF.

WHITE, Hayden (1992): *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. Trad.: Stella Mastrangelo. Mexico, F.C.E.

WITTGENSTEIN, Ludwig (2004): *Investigaciones Filosóficas*. Trads.: A. García Suarez y Ulises Moulines. Barcelona, Crítica.

WITTGENSTEIN, Ludwig (2007): *Aforismos. Cultura y Valor*. Trads.: Elsa Cecilia Frost y Javier Sádaba. Madrid, Espasa Calpe S. A.